



Cuando la comunicación no violenta deja de ser técnica y se vuelve cultura

En los últimos años, la educación ha asumido con mayor claridad que no basta con transmitir contenidos académicos; también forma personas, vínculos y modos de convivencia.

En este contexto, la manera en que nos comunicamos dentro de las instituciones educativas no es un aspecto accesorio, sino un factor central en la construcción del clima escolar, la gestión del conflicto y la formación integral.

La propuesta de la Comunicación No Violenta (CNV), desarrollada por Marshall Rosenberg, se centra en la forma en que las personas se comunican para expresar

lo que sienten y necesitan, así como para escuchar al otro sin juicio ni confrontación.

A través de un lenguaje basado en la observación, la empatía y la responsabilidad personal, este enfoque ha aportado un marco valioso para repensar las relaciones humanas, especialmente en contextos de conflicto (Rosenberg, 2006).



Comprender la Comunicación No Violenta, no solo como una técnica interpersonal, sino como un principio que atraviesa la cultura institucional.

Su aplicación se ha extendido especialmente en espacios educativos, formativos y comunitarios.

Sin embargo, cuando la comunicación positiva se limita al ámbito individual –como una habilidad personal que algunos desarrollan y otros no– su impacto resulta frágil y difícil de sostener en el tiempo.

Las instituciones no se transforman únicamente porque algunas personas hablen distinto, sino cuando el modo de comunicarse se convierte en un criterio compartido, una práctica transversal y una decisión institucional. Este artículo propone precisa-



Organismos internacionales han subrayado la importancia de educar, no solo en competencias cognitivas, sino en habilidades relacionales y socioemocionales para afrontar los desafíos del siglo XXI.

mente esta idea central: comprender la Comunicación No Violenta, no solo como una técnica interpersonal, sino como un principio que atraviesa la cultura institucional y forma parte de la vida escolar.

Desde esta perspectiva, la comunicación positiva deja de ser una herramienta opcional y pasa a integrarse en la estructura propia de las unidades educativas.

Por qué la técnica no basta: los límites del enfoque individual

La Comunicación No Violenta suele enseñarse como una competencia personal: observar sin juzgar, expresar necesidades, formular pedidos claros y escuchar empáticamente.

Este enfoque ha permitido que muchas personas transformen su manera de relacionarse y gestionen conflictos cotidianos con mayor conciencia y respeto. No obstante, en contextos edu-

cativos complejos, este enfoque individual no resulta suficiente. La convivencia escolar está atravesada por normas, jerarquías, culturas previas y marcos de autoridad que condicionan la forma en que las personas pueden expresarse.

En este escenario, quienes intentan comunicarse de manera empática pueden verse limitados o desalentados por sistemas que continúan funcionando desde lógicas punitivas, verticales o eminentemente reactivas.

Esto genera tensiones frecuentes: discursos que promueven el



La manera en que nos comunicamos dentro de las instituciones educativas no es un aspecto accesorio, sino un factor central en la construcción del clima escolar.

diálogo, pero prácticas que refuerzan el silencio; formación en empatía, pero respuestas institucionales basadas exclusivamente en la sanción. En un contexto así, dicho enfoque pierde fuerza cuando no está acompañado por decisiones y prácticas institucionales coherentes.

Cuando la comunicación se vuelve cultura institucional

Hablar de cultura institucional implica referirse a aquello que se vive, más que a aquello que se declara: las prácticas habituales, los estilos de liderazgo y los criterios con los que se toman decisiones.

Cuando la comunicación positiva se integra a este nivel, deja de depender de personas particulares y pasa a formar parte del funcionamiento mismo de la organización.

Esto se expresa en un lenguaje compartido para abordar los conflictos, en protocolos que privilegian el diálogo, en espacios formales de escucha y en una formación continua del equipo humano. De este modo, la comunicación deja de ser una respuesta excepcional frente a la crisis y se convierte en una práctica preventiva y cotidiana.

En este sentido, la comunicación positiva no solo mejora las relaciones, sino que fortalece la calidad educativa en su conjunto, al generar entornos más confiables, participativos y coherentes.

El rol del liderazgo y la coherencia institucional

Ninguna transformación cultural es posible sin liderazgo. Cuando la dirección promueve el diálogo únicamente en el discurso, pero



Las instituciones que integran la comunicación positiva en su cultura no solo reducen la conflictividad, sino que forman personas con mayor capacidad de diálogo, empatía y corresponsabilidad.

toma decisiones de forma unilateral o resuelve los conflictos desde la imposición, se genera una brecha que debilita la credibilidad institucional.

Por el contrario, cuando el liderazgo sostiene y refleja en la práctica los principios que promueve (escucha, apertura y coherencia), la comunicación positiva adquiere legitimidad. Las personas aprenden tanto por lo que se les enseña como por lo que observan. En este sentido, la coherencia no exige perfección sino consistencia entre valores, decisiones y prácticas.

Impacto a largo plazo y sentido educativo

Las instituciones que integran la comunicación positiva en su cultura no solo reducen la conflictividad, sino que forman personas

con mayor capacidad de diálogo, empatía y corresponsabilidad.

De este modo, la escuela cumple una función social que va más allá de lo académico: contribuye a la formación de una ciudadanía capaz de convivir en la diferencia.

Organismos internacionales como la Unesco (2021) han subrayado la importancia de educar, no solo en competencias cognitivas, sino en habilidades relacionales y socioemocionales para afrontar los desafíos del siglo XXI. La comunicación positiva constituye una de esas competencias fundamentales.

En definitiva, la Comunicación No Violenta, propuesta por Marshall Rosenberg, ofrece un marco sólido para transformar el lenguaje

y las relaciones. Sin embargo, su verdadero potencial en el ámbito educativo se despliega cuando deja de ser una herramienta individual y se convierte en una decisión institucional.

Cuando la forma de comunicarnos se vuelve parte del proyecto educativo, la escuela no solo enseña a convivir; enseña a construir justicia desde el diálogo.

Referencias

Rosenberg, M. B. (2006). *Comunicación no violenta: Un lenguaje de vida*. Gran Aldea Editores.

Unesco. (2021). *Reimagining our futures together: A new social contract for education*. Unesco Publishing.